



EL LIBRO DE LA SEMANA

OSCUROS DESEOS

RECUENTO DE UNA VIDA

La muerte de Tadzio

LUIS G. MARTÍN

Alfaguara

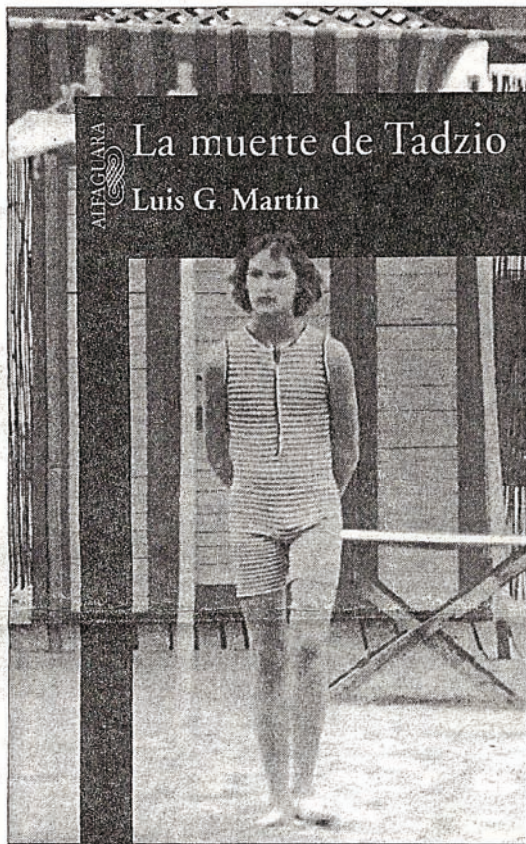
¿Quién no recuerda la hermosura de aquel bello mozo en bañador, de mirada entre perversa y retadora, que lanzaba miradas oscuras al novelista maduro que lo acechaba anhelante desde la playa? ¿Quién no recuerda aquel sensual y estético cóctel que forjaron al alimón Thomas Maan y Visconti en *Muerte en Venecia*? ¿Quién no recuerda aquella inmarchitable contemplación de la belleza bajo los hados trágicos de la peste en la ciudad del culturalismo literario?

Pues bien, muchos de esos componentes (algunos de ellos decadentes y perversos) vuelven a formar parte de la novela de un madrileño que, de seguir esa línea estética, acabará, al mismo tiempo que componiendo cuadros deleitosos y artísticos, convirtiéndose en uno de los narradores con más ambición del panorama narrativo español. Al menos no le faltan maneras ni estilo que en algún caso, tanto por lo preciosista como por lo profundo, recuerda al de Margarita Yourcenar, aunque no le sea del todo.

Tadzio, ésa es la gran conquista, se desnuda en su total depravación desde las primeras páginas

La obra, nacida bajo la anhelante mirada a los ya mencionados creadores y al filme mencionado, prolonga sus efectos en un ejercicio imaginativo. No se trata en esta ocasión de repetir historia, argumento o trama entre un viejo escritor y un joven adolescente sin definir, sino de continuar una vida que había quedado incompleta en la mencionada obra. Se trata del joven Tadzio, aquel muchacho que viejo, al pie del estribo, a punto de partir hacia el más allá, le escribe una larga carta a un músico al que protegió en su día, invitándole sarcásticamente a que participe tocando el piano en la ceremonia de su muerte, cuando llegue el momento final.

Y esa misma carta, escrita en primera persona, se convierte pues en la misma novela, sembrada más de semilla sentimental y erótica que de abono espiritual o artístico. Este personaje llamado Tadzio ya no es aquel joven en el que se encarnaba la belleza; ahora es un ser en el que anida la desbordante lujuria. Buena parte del



Portada del libro

libro es una recopilación de las muchas horas que el músico —porque como tal se consagró en París— dedicó a perseguir con la mirada a los jóvenes efebos y otra parte, no menuda, la que se dedica a narrar aspectos relacionados con los valores homosexuales que son, en definitiva, los que privan en esta obra que bordea la crueldad y la perversión, el vicio seco y mojado y todos aquellos aspectos temporales que acarrea la pérdida de la juventud o de la belleza, siempre anudados a este tipo de obras en la que prevalece el hedonismo de los cuerpos por encima de la densidad intelectual, bien que se rodee la obra de no pocos ingredientes que parecen densos y profundos.

Tadzio, y esa es la gran conquista del libro, se desnuda en su total depravación, bien manifiesta desde las primeras páginas, cuando a modo de epístola a Fornari, compañero de profesión, que no de vicios masculinos, abastece al lector con multitud de datos que avalan esa inclinación, su degradación y su indignidad. Tadzio escribe una larga carta en la que deja abierto, con una total impudicia, sus adentros, sus debilidades de carácter, sus turbias maniobras para conse-

guir lo que pretendía, sus amores voraces hacia jóvenes rubios, mucho más que sus armonías y aspergios, consideraciones que me permiten inducir que el joven escritor madrileño elige la densa fronda sexual, no la de corte intelectual del autor de *La montaña mágica*. Bien que salpique la obra con preocupaciones como la vida y la muerte, la belleza, el tiempo y la vejez, las pasiones que anidan en los corazones humanos, lo que interesa es el tratamiento de un ser obsesionado por la homosexualidad, ungido por un voraz apetito de contemplar la belleza masculina, la de instalarse en no importa qué tugurio, antro, prostíbulo o lugarejo para disfrutar de los placeres carnales.

Como es el recuento de una vida, el autor da cuenta de ese Tadzio adolescente, que salió de sus posesiones polacas, hasta llegar, en obra de lujosos espacios cosmopolitas, hasta el paisaje del infierno, cuando recibe los sacramentos tras confesar sus crímenes. Y se tiene la sensación, tras leer la carta, de que estamos en un tiempo clásico, en una recreación que parece vieja y nueva al mismo tiempo.